

se acordase de quien era Gonzalo de Córdoba, no aceptó las ofertas de Maximiliano ni de su hijo, se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se les hacia salir, enviándolos á España, y arreglando las cosas del reino para que no sufriesen alteracion por su partida. Era duro sin duda haber de ser arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fatigas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin mas causa que la flaqueza del Rey en escuchar á cuatro malsines envidiosos, todos ingratos á sus beneficios. El Monarca, ya incapaz de sufrir mas retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temia, determinó enviar á Nápoles á su hijo el Arzobispo de Zaragoza, con orden de reasumir en sí toda la autoridad, y de prender á Gonzalo. Habian de auxiliar esta resolucion Pedro Navarro, á quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina, encargado de aquietar á los napolitanos con la publicacion de un nuevo privilegio, que al efecto se les concedia. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse, y capaz por sí sola de precipitar al héroe á una resolucion desesperada, no se llevó á ejecucion: ó Fernando tuvo vergüenza de ella, ó se apaciguó algun tanto con una carta que le escribió el Gran Capitan, en

2 de Julio que entre otras cosas le decia: *Aunque V. A. se de 1506. redujese á un solo caballo, y en el mayor extre-*

mo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar, y en mi mano estuviere la potestad y autoridad del mundo, con la libertad que pudiese desear, no he de reconocer ni he de tener en mis dias otro Rey y Señor sino á V. A. cuanto me querrá por su siervo y vasallo. En firmeza de lo cual, por esta letra de mi mano escrita, lo juro á Dios como cristiano, y le hago pleito-homenaje como caballero, y lo firmo con mi nombre, y sello con el sello de mis armas, y lo envío á V. A. para que de mí tenga lo que hasta agora no ha tenido; aunque creo que para con V. A., ni para mas obligarme de lo que yo lo estoy por mi voluntad y deuda, no sea necesario.

En fin, Fernando teniéndose por desairado en España si no reinaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir á Nápoles, y visitar aquel reino: por el mismo tiempo Gonzalo se habia embarcado en Gaeta para volver á España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova. Al verle subir á la galera real, y al contemplar la alegre confianza con que se presentaba delante de aquel Monarca, á quien se suponía tan desconfiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos; y el mismo Rey dió algunos momentos á la sorpresa que aquella inesperada vista le causaba. Sacudidas de su ánimo por entonces las viles sospechas que le habian agitado tanto tiempo, entregóse todo á los sentimientos de admiracion, de agradecimiento y de respeto que la presencia de Gonzalo ins-

1.º de
octubre
de 1506.

piraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañía, y le llevó á Nápoles consigo.

Allí fué donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El Rey ponía todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia: Gonzalo en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al lado de Fernando, él le designaba los soldados que mas bien le habian servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretensiones, y le pedia sus recompensas. ¿Veía entre el tropel de la corte alguno, que por encogimiento no osaba llegar al Rey? Él entonces le llamaba por su nombre, le acercaba á besar la mano á Fernando, y le proporcionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido esperar. ¿Tenia otro alguna pretension árdua? Acudía á Gonzalo, y Gonzalo se la conseguia. Aquel Monarca reservado, detenido, y parco en galardonar, olvidaba su natural junto á Gonzalo; y se vió con admiracion, que nada de lo que le pidió en aquel tiempo, en favor de otros, fué denegado por él: como si hubiese tenido á menos en aquel teatro negar algo á quien se le habia conquistado y defendido. Podian todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas no se manifestaban: y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, de admiracion y confianza,

el uso que Gonzalo hizo de su influjo, le constituía á los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y en benevolencia.

Esto no bastó sin embargo para que los tesoreros no prosiguiesen en odio de Gonzalo, y por adular al genio del Rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habian amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que habia hecho de las sumas remitidas para los gastos de la guerra; y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitirselo, y aun de asistir á la conferencia. Ellos produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una leccion, asi á ellos como al Rey, de la manera como debia tratarse un conquistador. Respondió, pues, que al dia siguiente él presentaría sus cuentas, y por ellas se veria quien era el alcanzado, si él ó el fisco. Con efecto presentó un libro, y empezó á leer las partidas que en él habia sentado. *Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey.—Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.*—Iba leyendo por este estilo otras partidas tan extravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa; los tesoreros se confundieron, y Fernando avergonzado rompió la sesión, mandando

que no se volviese á tratar mas del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á placer, para tachar la ingratitud y avaricia del Rey; pero los historiadores de aquel tiempo lo aseguran; la tradicion lo ha conservado; se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitan* han pasado en proverbio. El Rey Católico no era ciertamente avaro, pues que á su muerte no se encontró en sus cofres con que enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban á las veces, como en ésta, en nimiedad y en bajeza.

Su ida á Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los estados de Italia habian concebido de ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el Archiduque; el cual, acometido de una dolencia aguda en Burgos, habia fallecido en tres dias, en la flor de su edad, y antes de gozar el reino y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió sin embargo su camino, y en su interior no suspiraba mas que por Castilla, donde ya la mayor y mas sana parte de los Grandes y de los pueblos le llamaba para ponerle al frente del gobierno. Por esta razon no dió atencion ninguna á los negocios de Italia: y la cosa mas señalada que hizo en los siete meses que allí permaneció, fué la restitucion de los estados confiscados á los Barones Anjoínos, segun lo pactado en la paz con el Rey de Francia. Estos estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso á Fernando

ofrecerles una compensacion correspondiente en otros bienes y en rentas. De aqui resultó que ni unos ni otros quedaron contentos: los conquistadores se dejaban arrancar con repugnancia aquellos estados, que habian conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre; ademas que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas: los Anjoínos, porque en todo lo que estaba sujeto á controversia, se les coartaba el beneficio de la restitucion; pues cuanto menos se les devolvía á ellos, tanto menos habia que recompensar á los otros. Gonzalo ofreció entonces, y cedió voluntariamente el ducado de Sant-Angelo con sus dependencias, don que le habia hecho el desposeido Federico; y el Rey en recompensa le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimonio á los ojos del mundo y de la posteridad, de su agradecimiento á sus servicios, de su confianza en su lealtad, y del honor que merecia: cédula, que por la singularidad de sus expresiones y de su estilo superior á la rudeza del siglo, y al fastidioso tono que tienen comunmente estos instrumentos diplomáticos, he creido conveniente ponerla al fin por apéndice.

Mas á pesar de esta demostracion, su ánimo no se aquietaba, si no sacaba al Gran Capitan de Italia: negóse á las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa, para que se le dejase por general de sus armas en la guerra que iban á hacer-

se; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió á prometer el Maestrazgo de Santiago, luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos dias: convocó á sus acreedores, á quienes satisfizo enteramente todos sus créditos: hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo á los que no tenían para cumplir; y arreglada su casa y su séquito, que por la calidad de las personas y trato que él les hacía, era superior á la casa Real, dió luego la vela para seguir á Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reino, de los principales personages, y de las damas, que salieron á despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiracion; como si al salir él de aquella capital faltáran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcancó al Rey Católico en Génova, y asistió á las vistas que tuvo con Luis XII en Sáona. Los dos Príncipes, que hasta entonces habian dado á la Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fé, lo dieron entonces de confianza, de estimacion y de amistad: contienda harto mas gloriosa que la primera, si estas muestras en los políticos no fueran tan engañosas. Lucieron á porfía los cortesanos de una y otra nacion su lujo ostentoso y bizarría; pero quien se llevaba tras sí todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capi-

tan, y la majestad de los Monarcas se veía deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que vencidos y rotos tantas veces por él debian odiarle, no cesaban de contemplarle con admiracion, y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habian hallado en Nápoles contaban á los otros, ya la celebridad y astucia increíble con que asaltó de improviso á los Barones alojados en Layno, ya la constancia y sufrimiento con que se sóstuvo en Barteta, sitiado á un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste: ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres, y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que, combatió en Cirinola, el valor y fortaleza con que, inferior en gente, y esa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militar y las estratagemas con que habia conseguido aquella victoria. La admiracion que causaban estos recuerdos era aumentada por la majestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras, y por la gravedad y gracia de sus modales¹. Mas nadie le honró mas digna-

¹ A esta pintura que se halla en Guicciardini, no será importuno añadir esta otra, hecha por uno de los camaradas mas antiguos del Gran Capitan.—“Fué su aspecto señorial: tenia pronto parecer: en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible: tenia claro y manso ingenio: á pie y á caballo mostraba él autoridad de su estado: seyendo pequeño floreció no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible y de voz furiosa y recia fuerza: en la paz doméstico y benigno: el

mente que el Rey Luis: él le hizo sentar á la mesa Real, y cenar con Fernando y consigo: le hizo contar sus diversas expediciones: llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal general; y quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso á Gonzalo con sus propias

30 de di-
ciembre
de 1507

manos. Este fué el último dia sereno que amaneció al Gran Capitan en su carrera: el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras. Desembarcó en Valencia; y habiendo descansado algunos dias de la fatiga de la navegacion, se dirigió á Burgos, donde la corte se hallaba. Su comitiva era inmensa: seguiale gran número de oficiales españoles é italianos distinguidos, que no querian separarse de él: á esto se añadía la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrían á verle y admirarle. Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes á alojarlos. La pompa de su séquito

andar tenia templado y modesto: su habla fué clara y sosegada: la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablaban. No le vencía el sueño, ni la hambre en la guerra; y en ella se ponía á las hazañas y trabajos que la necesidad requería. Era lleno de cosas ajenas de burlas, y cierto en las veras; como quier que en el campo á sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar decia cosas jocosas: las cuales palabras graciosas, decía él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfeccion en muchos negocios quanto otro diligente en acabar uno; en tal guisa, que vencidos los enemigos con el esfuerzo los pasaba en sabiduría. *Hernan Perez de Pulgar, señor del Salar, en su Sumario de las hazañas del Gran Capitan: fol. 21, edicion de Sevilla de 1527.*

era tambien otro espectáculo para los asombrados españoles: los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la mas rica, adornados con las mas exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traían al cuello, y en las penachudas celadas que les cubrian las cabezas. El pueblo deslumbrado con aquel magnífico aparato, compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudia y le apellidaba Grande; pero los mas prudentes y recatados, que sabian el humor triste y encogido de Fernando, conocian quanto le habia de ofender aquella ostentacion de poderio. Entre ellos el Conde de Ureña dijo con mucha gracia, *que aquella nave, tan cargada y tan pomposa, necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallarí en algun bajo.*

Llegó á Burgos, y toda la corte para honrarle salió á recibirle por mandato del Rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguia; al cual, Fernando, como se inclinase á besarle la mano, le dijo cortesmente: *Veo, Gonzalo, que hoy habeis querido dar á los vuestros la ventaja de la precedencia; en cambio de las veces que la tomásteis para vos en las batallas.* Hizo pocos dias despues su pleito-homenage de obedecer á Fernando como Regente de Castilla hasta la mayor edad de Carlos su nieto, y éste fué el último punto de su buena armonía con él. Desairado en la corte, no admitido en los consejos,

14 de ma-
yo de
1508.

desesperado de conseguir el Maestrazgo que con tanta solemnidad se le habia ofrecido, su disgusto transpiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos el que mas parte tomaba en su pena era el Condestable de Castilla Don Bernardino Velasco, con quien para estrechar mas la amistad casó Gonzalo á su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la corte, con tanta mas razon, quanto el Rey queria casar con á Elvira un nieto suyo, hijo del Arzobispo de Zaragoza, para que así entrasen en la familia Real las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El Condestable habia sido antes casado con una hija natural de Fernando; y por esto un dia la Reina Germana le dijo severamente: *¿No os dá vergüenza, Condestable, siendo como sois tan pundonoroso y tan discreto, enlazaros á una dama particular, habiéndoos antes desposado con hija de Rey? El Rey me ha dado un ejemplo digno de seguirse,* respondió él, *pues habiendo estado antes casado con una gran Reina, despues se ha enlazado á una particular, digna de serlo tambien.* Paróse indignada Germana con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quien era, y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida, que no volvió á admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que antes, por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El Condestable perdió toda la gracia, y no volvió á ser admitido en la corte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro desabrimiento al Rey. Quería éste que Jimenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Jimenez grato oído á esta propuesta; y habiendo ido á aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito, y le exhortaron á la resistencia. De modo que cuando se le volvió á hablar de parte del Rey acerca de ello, contestó que si se le apuraba, abandonaria arzobispado, corte y dignidades, y se volvería á su celda, de donde contra su voluntad la Reina Isabel le habia sacado. Blandió el Rey, conociendo cuan injuriosa era aquella permuta á la eleccion de su primera esposa, y no volvió á tratar del asunto.

Hácia esta época fué cuando Diego García de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba éste mal con aquel campeon, porque se habia puesto á servir con Próspero Colonna, á quien por las causas ya dichas Gonzalo aborrecia. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debía á su general. Hallábase un dia en palacio, y en la sala misma del Rey oyó á dos caballeros que decian que el Gran Capitan no daría buena cuenta de sí. Entonces Paredes, alzando la voz de modo que lo oyese el Rey, exclamó: *Que cualquiera que dijese que el Gran Capitan no era el mejor vasallo que tenia, y de mejores obras, se tomase el guante que ponía sobre la mesa.* Puso con efec-

to el guante: nadie osó contestar; y el Rey, tomándolo y devolviéndosele, dijo, *que tenía razon en lo que decia*. Desde entonces volvió á reinar la buena armonía entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente ofendido de la alianza de Gonzalo y del Condestable, y de la contradiccion que hacían á sus deseos, encontró poco despues la ocasion de la venganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase á sosegarle á un Alcalde de su Casa y Corte, con órden que intimase al Marqués de Priego se saliese de la ciudad. Era el Marqués hijo del ilustre y desgraciado Don Alonso de Aguilar, y sobrino carnal de Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores á ejercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimacion que le hizo el Alcalde, y no solo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona, y le envió preso á su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó á todo el reino. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes, y la administracion de justicia, soltó la rienda á su enojo, y trató de ejecutar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato mas solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes, y se dirigió desde Castilla á Andalucía, diciendo que iba á destruir aquella rebelion. Estremeciéronse los Grandes, tembló Gonzalo por el Marqués, y todos se pusieron á interceder en su favor, pidiendo que se condonase aquel desvario á su ju-

ventud y á su poco seso. Ya Gonzalo le habia escrito estas precisas palabras: *Sobrino, sobre el yerro pasado lo que os puedo decir es, que conviene que á la hora os pongais en poder del Rey: si así lo haceis, sereis castigado; y si no, os perdereis*. Obedeció el mozo, y con toda su familia se vino á poner á disposicion del Monarca irritado, á tiempo que éste, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba á Toledo. Pero Fernando, sin admitirle á su presencia, le mandó ir siempre á una jornada distante de la corte, y poner á disposicion suya todas las fortalezas que tenia, y prosiguió su camino. Llegado á Córdoba hizo prender al Marqués, fulminó proceso contra él y otros culpados como reos de lesa majestad, castigó de muerte á algunos de ellos, y al Marqués, usando de clemencia, conmutó la pena capital en destierro de Andalucía, y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar aquel castillo, donde habia nacido el Gran Capitan, y era el mas bello de toda Andalucía, apuraron el Condestable, Gonzalo y los Grandes todos los medios del ruego y de la queja: en vano le representaron que debia perdonar el desconcierto de un mozo arrepentido y humillado, en gracia de sus ascendientes muertos, ya que no hiciese caso del mérito de los vivos: en vano en fin los embajadores de Francia manifestaban que parecia indecoroso no conceder un castillo al que habia ganado para la coro-

na cien ciudades y un reino floreciente. El Rey se mantuvo inflexible: la fortaleza se demolió; y Gonzalo tuvo que devorar el desaire y la humillacion de tan odiosa repulsa.

Para apaciguarle algun tanto le cedió Fernando por su vida la ciudad de Loja; y aun se la prometió en propiedad para sí y sus descendientes, en caso de que renunciase al Maestrazgo que se le habia prometido, y no se le conferia. Era ciertamente impolitico desmembrar de la corona aquella dignidad en el estado en que se hallaban las cosas; pero ¿por qué hacer una promesa con ánimo de no cumplirla? El Monarca mas poderoso y prudente de Europa, ¿no tenia otros medios de recompensar á un héroe que con una palabra engañosa? Gonzalo, mas generoso y mas franco, no quiso admitir el dominio de Loja, y respondió fieramente, que no trocaria jamas el titulo que le daba al Maestrazgo una promesa real y solemne; y *que cuando menos, se quedaria con su queja, que para él valia mas que una ciudad.* En Loja vivió desde entonces, siendo su casa la concurrencia de todos los señores de Andalucía, y la escuela de la cortesania y de la magnificencia; él era su oráculo: él apaciguaba sus diferencias, y los instruía del estado y movimientos de toda la Europa, y aun de Asia y África, en cuyas principales córtes tenia agentes que le daban cuenta de los negocios públicos. Otro encargo que allí se tomó fué el de proteger á los conversos y á los moros de aquellos

contornos contra las injurias y los agravios que el ódio de los cristianos les acarrecaba. Gonzalo creía que debian tratarse con blandura, y atraerlos á la fé y á la amistad con el ejemplo de la buena fé y de las virtudes, y con los buenos tratamientos. El Rey, resuelto á no sacarle de aquel reposo oscuro, que tenia mas apariencias de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por general á la expedicion que aquel prelado hizo á las costas de África, ni menos enviarle á los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habian sentado contra la Francia, se le pedian para que mandase el ejército coligado. En estas circunstancias todos les Grandes le creían arruinado y sin recurso. *¡Qué encallada estará aquella nave!* decia el Conde de Ureña: lo cual sabido por Gonzalo, *decid al Conde,* contestó, *que la nave, cada vez mas firme y mas entera, aguarda á que la mar suba para navegar á toda vela.*

Y así iba á suceder: la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron al ejército de la liga, mandado por el Virey de Nápoles Don Ramon de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitan; y ahogando la necesidad entonces todas las sospechas, recibió la orden y poderes plenos para pasar con tropas á Italia. Aprestóse en Málaga la armada que habia de conducirle, y toda la noble-